

PROFESIÓN DE FRAY DENIS ANTONIO DE LEÓN PÉRES

Fray Joaquín Millán Rubio

Uno, sólo uno, pero no es poco, es mucho, muchísimo, que un joven, Denis Antonio de León, ostentosamente haya querido mostrar su opción radical por Cristo con la profesión de los cuatro votos. Y ha expresado en gran solemnidad y ante cualificadísima asamblea.

Lo han proclamado jubilosamente las campanas de Santuario. Y nos hemos exhibido, a las 12:00 en punto, en nivea procesión desde el claustro monacal, por la calle, hasta el templo donde nos ha recibido el canto: *Juntos cantando la alegría de vernos unidos en la fe y el amor, juntos sintiendo en nuestras vidas...* Es mucho decir, pero el énfasis era sincero. La cruz rompiente entre candelabros, el incienso de efluvios perfumantes, las docenas de estolas bordadas en gualda y gules, el andar garboso de fray Denis en medio, el saludo del padre Vicente: *En el nombre del Padre y de Hijo y del Espíritu Santo, el Señor esté con vosotros...* Toda una declaración de intenciones. Y por si acaso había duda lo proclamaba la monitora Antonia Fusalba: *Nos reunimos para celebrar la Eucaristía en la que fray Denis Antonio de León Péres emitirá su primera profesión, lo acompañamos con nuestras oraciones hechas comunión fraterna bajo la mirada maternal de santa María de la Merced.*

Pedimos perdón, glorificamos al Señor, requerimos con el presidente: Concede, Señor, a este hermano terminar felizmente el camino comenzado. Y llegó, torrencial, la palabra del Señor con Isaías: *El Espíritu del Señor está sobre mi* (pregonado por la hermana Ana Paula); con el salmo 33: *Proclamad conmigo la grandeza de Dios* (encumbrado por fray Julio César Mazuera); con San Pablo a los Romanos: *ofreced vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios* (dictada por Dolors Marvá); con el Evangelio de san Juan: *No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os ha elegido* (pregonado por el padre Joaquín Millán). Y todo lo sazona la homilía del padre Vicente:

*Hermanos: Dios sigue llamando. Y el modo en que lo hace es siempre sorprendente: Él toca el corazón en momentos de luz, pero también —y muy especialmente— en momentos de **inseguridad, distancia y prueba**. Así se ha escrito una historia vocacional, la de Denis que hoy llega a un paso decisivo: **consagrar la vida al Señor en la Orden de la Merced. El Espíritu nos unge para liberar** (Isaías 61,1-3) “El Espíritu del Señor está sobre mí...”: La vocación nace siempre de una **visión que no se queda mirando al propio ombligo**, sino que **mira hacia los cautivos**, hacia los corazones desgarrados, hacia quienes necesitan consuelo y justicia.*

*Quien entra en la Merced lo sabe: el camino no es para instalarse, sino para **ponerse en camino hacia el que sufre**. En el noviciado vamos descubriendo y seguro que has aprendido que servir al cautivo implica también dejar que **Cristo me libere a mí**: de mis seguridades culturales, de mis miedos, de mis expectativas rígidas, de mis antiguos modos de amar.*

*La misión comienza **por dentro**, pero jamás termina ahí. “**Gustad y ved qué bueno es el Señor**” (Salmo 33) El salmo nos invita a **probar** a Dios. El noviciado es, en gran parte, eso: un “**gustar**” y un “**ver**”. Gustar la fraternidad que despierta y, a veces, molesta. Ver a Dios también cuando la oración se vuelve seca. Descubrir que **la cercanía de los hermanos** a veces corrige y salva.*

Muchos llegan al noviciado con expectativas idealizadas; Dios las va puliendo para que nazca el amor más puro: **el real**. Gustar al Señor a veces sabe a fiesta... otras, sabe a **perseverancia**. “No os acomodéis al mundo presente” (Romanos 12,1-13) San Pablo nos recuerda que el culto a Dios es **ofrecer el cuerpo**, ofrecer la vida entera. Transformar la mente. No vivir por comodidad, sino por **misericordia**.

Y cuando uno pasa por una comunidad distinta a su cultura, cuando el carácter propio se encuentra con el del otro, cuando surge la tentación de irse o de encerrarse...ahí se forja la **docilidad al Espíritu** y nace esa humildad que reconoce: “Me están formando, no destruyendo”.

En la vida mercedaria se aprende a: **valorar las pequeñas tareas**, que sostienen a todos; **aceptar correcciones**, que liberan; **trabajar por la unidad**, incluso cuando cuesta; **servir con alegría**, porque la misión es don. Pablo habla de **diversidad de dones** al servicio del único Cuerpo. En la Merced, eso se traduce en fraternidad concreta: no elegimos ni el dónde, ni el quién, ni el cómo... Solo podemos elegir **amar**. “**Permaneced en mi amor**” (Juan 15,9-17) Jesús no pide un sentimiento romántico, sino **amar como Él**: con fidelidad, con paciencia, **dando la vida** incluso cuando el otro cuesta. Porque: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.” Aquí está **la clave del cuarto voto** mercedario: no solo **ayudar** al cautivo... sino **arriesgarlo todo por él**.

Y en este Evangelio resuena una verdad que sostiene toda vocación: “No sois vosotros los que me habéis elegido; **soy yo** quien os he elegido.” A veces se llega al convento por circunstancias humanas muy concretas —una parroquia, un sacerdote, una búsqueda—, pero la **voz profunda** que sostiene la elección es la de Cristo que llama por el nombre y dice: “**Te quiero para mí, y te envío a dar fruto que permanezca**”. Lo que hoy se celebra en este altar.

En unos minutos, la Iglesia preguntará: “¿Qué pides?” “La misericordia del Señor...” Y prometerás: **pobreza**, para vivir libre; **castidad**, para amar universalmente; **obediencia**, para caminar en unidad; **el cuarto voto**, para que otros sean libres Y proclamarás la **fórmula de profesión**, firmada con tu propia mano: sí a Dios, sí a la Merced, sí a la misión, sí a la fraternidad.

Luego recibirás el **hábito blanco**: “El Señor te revista del hombre nuevo...” Y la **Regla y Constituciones**: “Para que, observándolas fielmente, vivas siempre en caridad.” Ese es el camino: la **caridad** como forma de vivir, la **misericordia** como forma de servir, la **fraternidad** como forma de ser.

En la vida mercedaria, Dios va **haciendo madurar** el “sí” a través de alegrías y también de contradicciones: El temperamento se moldea; La soledad se vuelve oportunidad de encuentro; la misión se convierte en hogar; y la comunidad, en familia regenerada por la cruz.

Hoy Denis se consagra y no lo hace para desempeñar un rol, sino para **permanecer en el amor** de Cristo y **ser enviado como misericordia** a un mundo herido. Que el Espíritu Santo que unge para liberar, que Cristo que llama a su amistad, y que María de la Merced —llama ardiente en el corazón de esta Orden— sostengan cada día este Hágase” pronunciado por amor y con libertad. Amén.

Y ya ha llegado el momento, Antonia nos invita: *Vivamos con sentimientos de fe esta profesión*. El padre Luis llama a fray Denis, que declara: *Aquí estoy, Señor; tú me has llamado*. El padre Vicente inquiere: *¿Qué pides a Dios?* El Candidato explicita: *Deseo vivir la vida religiosa según el espíritu mercedario*. Y todos explanamos con entusiasmo: *Damos gloria a Dios*. Y siguen tres sí quiero, unirme más estrechamente a Cristo; abrazar la pobreza, la castidad, ofrecer mi vida a imitación de Cristo Redentor. Ora el padre Vicente: *Mira, Señor con bondad a este hijo tuyo*. Antonia nos previene: *Vamos a vivir el momento central*. Y fray Denis emite sin titubear: *Yo para gloria de Dios quiero consagrarme a Él...El padre Vicente ratifica: Yo recibo de ti los votos...Firma el Neoprofeso, recibe el hábito, la Regla y las Constituciones*. Todos, no era para menos, prorrumpimos en un aplauso

cerrado y sonoro. Los religiosos y sacerdotes invitados nos fundimos con fray Denis en abrazos singularizados y efusivos. Mientras cantamos: *Amaos como yo os he amado, formando entre todos la Familia mercedaria...*

La oración universal la enuncia Pepita Piqué: *Por la Iglesia, los que siguen los consejos evangélicos, el que hoy se consagra, las vocaciones.* En la ofrenda, los novios presentan: cadenas, fray Marvin; escudo, fray Julio; pan, fray Denis; uvas, fray Benjamín. Mientras cantamos: *Oh Señora de las Mercedes...* Recitamos los presbíteros la Tercera Anáfora; compartimos la paz; comulgamos cantando *Como el Padre me amó.* Todos ya saciados con el Pan de Cristo, toma la palabra fray Denis:

Hoy, al concluir este año de noviciado en el sagrado convento de San Ramón, mi corazón se abre como una ofrenda humilde ante Dios y ante cada uno de vosotros, que habéis sido presencia viva de la misericordia redentora que sostiene a nuestra Orden desde sus orígenes.

Ante todo, mi gratitud se dirige a Dios, fuente inagotable de amor y ternura. Él, que escribe recto con mis renglones torcidos, ha confiado en la pequeña llama temblorosa que arde en mi pecho: una llama que, aunque frágil, busca abrazar su voluntad con libertad plena y con un deseo sincero de pertenecerle. Su mirada, que jamás se cansa de levantarme, me ha revelado que la verdadera libertad no consiste en hacer lo que quiero, sino en dejarme amar por Él y responderle con generosidad. A Él, que me ha sostenido incluso en mis vacíos, mi amor agradecido y mi vida entera como ofrenda.

A la Iglesia y a nuestra Orden de la Merced, agradezco por abrirme las puertas de esta gran familia que nació del corazón misericordioso de Cristo y que se alimenta cada día de la caridad que libera. A nuestro querido **Padre Provincial, fray José Juan,** hoy representado por el **Padre “X”, Vicario Provincial,** mi gratitud filial. Gracias por ser signo de comunión, guía y ternura pastoral. En sus gestos he descubierto que el gobierno en la Merced no es dominio, sino servicio humilde y cercano; no es poder, sino caridad que engendra libertad en los hijos.

A mis formadores, el padre Rolando Samayoa y el padre Luis Mejía, deseo expresar una gratitud llena de reverencia. Con paciencia de pastores, con claridad en sus palabras y con caridad en sus correcciones, han sido para mí reflejo del Padre que educa sin herir y del Maestro que guía; sin imponer. Cada consejo recibido se ha vuelto un eco interior que me acompañó durante estos diez meses, mientras aprendía a servir en lo sencillo, a callar cuando era necesario y a ofrecerme sin medida en este bendito convento que me acogió como un hijo.

A mis hermanos sacerdotes y religiosos de esta comunidad de San Ramón, les doy gracias porque su sola presencia ha sido para mí una escuela viva. He visto en ustedes la Merced encarnada: la Merced que madruga para orar, que sirve sin esperar aplausos, que sonríe aun cuando pesa la cruz. Con ustedes he aprendido que la santidad no es un ideal distante, sino una fidelidad silenciosa y diaria.

A mis hermanos novicios, compañeros de lucha y esperanza, les agradezco porque en cada uno he encontrado un espejo de mis límites y un recordatorio de mis dones. Dios nos ha hecho crecer juntos, puliendo nuestras aristas, despertando lo mejor de nuestro interior y enseñándonos que nadie se salva solo, que la libertad se conquista en comunión.

A las comunidades de Antigua Guatemala y del Seminario San Pedro Nolasco, gracias por ser hogar, refugio y abrazo fraterno. Vuestras oraciones han sido un aliento para mi espíritu, y vuestra compañía, un testimonio del amor mercedario que se expande como un río que no conoce fronteras.

A mi familia, que con su oración me ha acompañado incluso desde la distancia: gracias por ser mi primera escuela de fe, por sostener mi vocación con lágrimas y esperanzas, y por amarme sin condiciones. Nunca he caminado solo: sus plegarias han sido el viento que empuja mis pasos hacia Cristo. A todos vosotros os pido: **no dejéis de orar por nuestros sacerdotes, por las vocaciones religiosas y sacerdotales, por los corazones que**

aún no saben que Dios los busca con amor apasionado. Nosotros, en cada momento de oración, también os llevamos en el alma.

Por último, elevo mi gratitud a nuestros santos protectores: a **San Pedro Nolasco**, cuya caridad sin límites sigue ardiendo en nosotros; a **San Ramón Nonato**, que enseñó con su silencio el valor de la entrega total; y a **Nuestra Madre de la Merced**, que con su manto nos cubre y nos recuerda que toda vocación es un acto de amor nacido al pie de la cruz.

Que Cristo Redentor, por intercesión de nuestra Madre de la Merced, nos conceda la gracia de ser instrumentos de libertad y misericordia para un mundo que sigue clamando por la redención.

Para finalizar el padre Francisco da a todos las gracias, e invita a compartir un rato de convivencia con picoteo pica-pica. Cantamos emocionados la Salve y hacemos las obligadas fotografías de recuerdo. En la comida nos sentamos veintiocho a la mesa, con entrantes y una rica paella de nuestra cocinera.

Hemos asistido: de la comunidad Lleida: padre Vicente Zamora, padre Dinis Inacio, padre Carmelo Portugal, padre Antonio Criado. De la Curia provincial: padre Domingo Lorenzo, padre Luis Aleu. De Vall`Ebron: fray Fagildo Titos. De Castellón: padre Cristian Peña. El Puig postulante Felipe Aguilar Bermúdez. De San Ramón: padre Francisco Marín, padre Luis Mejía, padre Joaquín Millán Novicios: fray Moisés Brandt, fray Julio Mazuera, fray Cody Evaristo, fray Jorge Vega, fray Benjamín Tubac, fray Marvin Monzón, fray Juan David Palacios (crucíferos, turiferarios, acólitos, floristas...). Sacerdotes diocesanos: mosén Abel Trull, mosén José Alexandre, mosén Antonio Bonet, seminarista Juan Zamora Flores, Vicario general de la diócesis mosén Marc Maja. También compartieron y festejaron cinco religiosas Darderas, y un grupo de laicos, entre los que hemos de destacar a Jesús Matías que llevó la parte musical.